
Hermandad
del
Escándalo
Un Duque
como él
USA Today Bestselling Author
Bronwen
Evans

Un Duque Como Él

CENICIENTA HISTÓRICA

HERMANDAD DEL ESCÁNDALO

LIBRO SEIS

BRONWEN EVANS



Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete

Acerca del Autor
Otras Obras de Bronwen Evans

Derechos de autor

Copyright ***Un Duque Como Él*** es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Copyright © 2025 por Bronwen Evans Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Bronwen Evans Autor.

Arte de portada por Bronwen Evans

bronwenevans.com

Elogios a Bronwen Evans

Un Duque Como Él

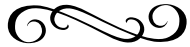
Un duque que siempre consigue lo que quiere. Un corazón irlandés salvaje que no tiene precio. Y una brecha de clases tan profunda que podría hundirte.

Caitria O'Donnell no tiene ningún derecho a reclamar a un duque. Hija de un agricultor, navega por un mundo que nunca terminará de reconocerla, armada de una elegancia prestada, atrapada entre dos mundos a los que, en el fondo, no pertenece. Cuando un baño clandestino en una cala escondida la lanza de lleno a la mirada magnética del hombre más peligroso de Dorset, intenta convencerse de que no fue nada. Es arrogante, aristocrático y absolutamente imposible. Pero cuando, sin dudarlo un instante, él se arremanga y se arrodilla a su lado en la paja, Caitria siente que los muros que tan cuidadosamente ha levantado comienzan a desmoronarse.

Alexander Forsyth, el duque de Summerton, jamás había conocido a una mujer capaz de mirar su título sin codicia... hasta ella. No lo halaga. No lo adula. Simplemente le roba el aliento. Pero los prejuicios y la arrogancia forman una corriente letal, y un solo error basta para que la única mujer que alguna vez le pareció real se aleje con la cabeza en alto y la furia ardiendo en sus ojos esmeralda. Ahora que su madre ha presentado a una candidata perfectamente aceptable para el papel de duquesa bajo su propio techo, y la alta sociedad vigila cada uno de sus pasos, Alexander debe enfrentarse a una verdad que jamás esperaba: el rango y el privilegio son un pobre sustituto de una mujer que te hace sentir verdaderamente vivo.

¿Podrá Caitria confiar en un hombre que nació con todo lo que a ella le fue negado? ¿O el orgullo, los prejuicios y el abismo de la estratificación social destruirán el único vínculo que alguna vez le pareció un hogar?

Capítulo uno



Dorset, julio de 1809

Caitria O'Donnell sabía que lo que estaba haciendo probablemente haría que su primo político, lord Lucien Furoe, perdiera los estribos, pero desde que se mudó con él desde Irlanda el año pasado para cuidar de su hija, Ava-Marie, no había nadado ni una sola vez. Y mucho menos en el mar.

En Irlanda, había nadado casi todos los días, sin importar el tiempo que hiciera. Solo cuando el mar estaba demasiado bravo se ponía su sombrero adecuado y permanecía en tierra firme. Esta tarde, nada más llegar a la propiedad costera de Lucien en Dorset, el mar centelleante la había llamado. Especialmente tras el calor del viaje de aquel día.

Aprovechando que Ava-Marie dormía la siesta, se había escabullido sola y había encontrado una pequeña cala para nadar. Mientras se sumergía bajo el cálido oleaje, todavía no terminaba de creerse la vida que llevaba ahora. Lord Lucien la trataba como si fuera parte de su familia, a pesar de que no era más que la prima pobre de su exmujer, que resultó no haber estado casada con él, aunque su prima fuera la madre de la hija de Lucien, Ava-Marie.

Esto significaba que Caitria vivía como si ella también perteneciera a la alta sociedad, cuando en realidad era hija de un empobrecido cultivador de patatas irlandés. Aún más sorprendente era que todos los amigos íntimos de Lucien la trataran como a una igual. Por supuesto, no toda la sociedad la había recibido con los

brazos abiertos, pero no le importaba. Se sentía satisfecha con su vida. Había superado su tonta obsesión con Lucien y quería de verdad a su nueva esposa, Courtney. Pero, a veces, vivir con unos recién casados le provocaba una soledad que le calaba hasta los huesos. ¿Encontraría alguna vez a alguien con quien compartir su vida? Sería difícil, pues se encontraba a caballo entre dos mundos y no estaba segura de cuál era su lugar.

Con un juramento entre dientes, salió a la superficie, se puso boca arriba y se regañó a sí misma por su ingratitud ante su maravillosa vida. Podría estar en la calle muriéndose de hambre o, peor aún, tumbada sobre la espalda a cambio de dinero, como su prima Ava tuvo que hacer durante un breve tiempo. Se estremeció, y no por el frío del mar. Sí, su vida podría haber sido muy distinta.

Sin embargo, ahí estaba, nadando en una hermosa cala, sin una sola preocupación en el mundo. Rocas escarpadas con una pequeña playa de arena flanqueaban los dos lados de la cala, y detrás había un pequeño terraplén coronado por grandes arbustos que protegían la playa de las miradas indiscretas de cualquier transeúnte.

Caitria volvió a nadar, ejercitando músculos que no había usado durante el largo viaje en carruaje desde Londres.

Finalmente agotada, se quedó flotando de nuevo, cerrando los ojos y dejando que el cálido sol de julio y el agua salada calmaran sus demonios internos. Aún le quedaban unos años para ver qué le deparaba la vida. Dada su situación, estaba segura de que sus amigos la ayudarían a encontrar a alguien adecuado para casarse. Quizá un buen vicario o tal vez un empleado de un bufete de abogados.

Al notar lo arrugados que se le habían puesto los dedos, supo que era hora de nadar hasta la orilla. Inspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire salino, y se maravilló ante la belleza del mundo. Al salir a la playa, se quedó un momento de pie, empapada en su camisón, escurriéndose el pelo. La brisa marina lo secaría rápido, al igual que el sol, pues no había ni una nube en el cielo.

Caminó sobre la arena ardiente hacia donde había dejado su ropa cuidadosamente apilada y buscó la toalla que había traído, pero

no estaba. Levantó la vista para recorrer la playa con la mirada. Su cuerpo se tensó. Tan absorta en sus pensamientos había estado que no se percató de que había un intruso en su pequeño trozo de paraíso.

Estaba sentado despreocupadamente en las rocas al final del sendero, con sus largas piernas estiradas frente a él, observándola desde las sombras de la tarde. Caitria se quedó helada, con el corazón golpeándole el pecho. Él le bloqueaba la salida de la playa. Su pulso solo se calmó cuando se dio cuenta de que probablemente podría rodear la cala nadando si fuera necesario. Podía nadar mejor que nadie, incluso mejor que sus hermanos. Solían llamarla la sirenita.

Él no hizo ningún movimiento hacia ella. Vestía ropa de montar informal, pero no vio rastro de ningún caballo. Llevaba los calzones metidos en unas relucientes botas de montar. Pero lo que más llamó su atención fue la camisa blanca de batista desabrochada, que dejaba a la vista unos músculos bronceados. No pudo evitar mirarlo fijamente hasta que notó que sostenía su toalla en las manos mientras sus ojos recorrían el cuerpo de ella con arrogancia casual.

Había visto esa mirada en los ojos de los hombres antes. Deseo. Necesidad. Lujuria masculina primitiva.

Había lidiado con hombres como él toda su vida. Hombres que pensaban que, por ser ella una mujer de pocos recursos, podían tomar lo que quisieran. Ella le devolvió la mirada con audacia, negándose a dejarse intimidar.

—Creo que tiene algo que me pertenece. Devuélvamelo.— Intentó hablar con la refinada voz inglesa que las damas la estaban ayudando a desarrollar, pero, debido a los nervios, incluso ella pudo notar los matices de su acento irlandés.

Él se puso en pie. —Estás muy lejos de casa —dijo con una voz tan refinada que podría haber planchado las arrugas de su vestido doblado.

Era alto y de complexión fuerte, con el cabello rubio, que le sobrepasaba los hombros y se agitaba con la ligera brisa. Cuando salió de las sombras y ella pudo ver por fin su rostro, casi se le olvidó respirar. Sus facciones delgadas y aristocráticas le hacían

imaginar dioses griegos. Una boca sensual que la hacía pensar en besos suavizaba su atractivo aspecto. Sus ojos, de largas pestañas, eran tan azules como el océano en el que acababa de nadar, y estaba segura de que se ahogaría en ellos.

Él avanzó hacia ella. —Soy Summerton —dijo simplemente, como si ella debiera saber quién era y sentirse impresionada.

Ella se negó a retroceder. —¿Me da mi toalla, por favor? — Extendió la mano. Ni hablar de darle su nombre a este desconocido.

El destello de sorpresa en el rostro de él alimentó su confianza. Hasta que se acercó aún más. —Lo educado es responder con tu nombre. —La toalla que ahora colgaba tras su espalda la llamaba, pues ella era muy consciente de lo que él debía de estar viendo. Su camisón estaba pegado a su cuerpo mojado.

Rápida como el rayo, se abalanzó sobre él y agarró la toalla, envolviéndose en ella antes de volverse para dirigirse a «Summerton». Él estaba ahora de cara al mar, mientras ella podía subir alegremente por el sendero que salía de la cala. Tenía mucha otra ropa.

Empezó a retroceder por el sendero. —Debo advertirle de que estoy bajo la protección de lord Furoe. Se disgustará mucho si me ocurriera algo… inapropiado.

Su boca se curvó en una encantadora media sonrisa. —Entonces, quizá deberías asegurarte de que lord Furoe te explique que esta cala está en realidad en mis tierras. —Añadió con suavidad—: Estás cometiendo un allanamiento.

Maldita sea. —Le ruego que me disculpe —dijo con rigidez—. Me aseguraré de no volver a nadar aquí.

Una sonrisa perezosa inundó sus ojos azules. —Sería una lástima. No todos los días encuentro a una sirena casi desnuda nadando en el mar. Y una sirena tan hermosa. Me he quedado hipnotizado. —Esa encantadora media sonrisa relució de nuevo—. Si hubiera llegado solo unos minutos antes, podría haberme unido a ti. —De repente, sus ojos se llenaron de fuego—. Pero yo no habría estado casi desnudo.

La insinuación de que él nadaría desnudo le mandó un sofoco hasta el alma. Casi deseó haber podido ver esa estampa, pues era

un caballero de muy buen ver.

—Si ha venido a nadar, será mejor que le deje su intimidad. Si fuera tan amable de pasarme mi ropa, me retiraré. —Maldita sea, ¿por qué habría dicho «retirarme», si eso era exactamente lo que estaba haciendo? Su presencia era demasiado abrumadora y él lo sabía perfectamente.

Él se rio, pero se movió para recoger su bulto y, mientras caminaba hacia ella, sintió que le temblaban las piernas. Jamás un hombre le había causado ese efecto, y resultaba muy molesto.

Le ofreció la ropa, pero, justo cuando ella iba a cogerla, la retiró. —Te la daré si puedo saber tu nombre.

Ella se quedó allí, paralizada por la indecisión. Podía averiguar quién era con bastante facilidad porque ella le había hablado de lord Furoe. ¿Qué daño podía hacer? —Me llamo Caitria —dijo, y le arrebató la ropa antes de salir disparada por el sendero sin que él pudiera pestañear.

Miró hacia atrás. Summerton no la seguía. En su lugar, se había dado la vuelta y se estaba quitando la camisa por la cabeza. Luego se agachó para quitarse las botas.

Iba a nadar.

Desnudo.

Sabía que no debía, pero se quedó en lo alto de la colina, oculta por los arbustos, y observó con creciente expectación cómo él se desnudaba por completo y entraba despreocupadamente en las olas.

Lo único que hizo que se fuera corriendo a casa fue el hecho de que él se giró hacia el punto exacto donde ella estaba escondida, como si supiera que se quedaría a mirar.

Y vaya vista tenía. Un hambre surgió de lo más profundo de su ser y casi volvió a bajar por el sendero para jugar. Fue el gesto con el dedo meñique con el que él la llamó lo que despejó su locura momentánea.

Mientras se daba la vuelta para huir, la risa perversamente sexi de él resonó en sus oídos.

Él empezó a nadar, queriendo calmar el ardor que sentía en la entrepierna.

Estaba resultando ser una mañana de lo más interesante. Su madre se había presentado la noche anterior trayendo consigo a lady Penelope y a su insufrible madre, con la esperanza de que él viera con buenos ojos a la insípida jovencita como su duquesa. Pero él no tenía ninguna intención de casarse por deber.

De niño, había vivido en una casa donde no había más que frialdad y hostilidad. No soportaría un matrimonio basado en alianzas o dinero, ni criaría a sus hijos en un entorno así. Cuando se casara, sería por amor.

Sonrió para sus adentros, recordando la visión de Caitria. He ahí una mujer a la que podría llegar a amar. Una lástima que no fuera de linaje aceptable. Los retazos del puro acento irlandés que ella intentaba ocultar hablaban de una posición social muy distinta a la suya. A su madre le daría un síncope si trajera a casa a una mujer como Caitria como esposa. Otro punto a favor de Caitria.

Cuando lo divisó por primera vez, Caitria se había comportado como un ciervo asustado, pero se había mantenido firme. Tenía que admitir que eso era admirable.

Lo que no le resultaba tan admirable era la experiencia novedosa de que una mujer ignorara sus encantos. Pero, por otra parte, ella ya estaba bajo la protección de un hombre rico.

La decepción que lo había invadido al enterarse de que era la protegida de lord Furoe había herido su orgullo. Normalmente las mujeres, sin importar su condición o su fama de belleza, competían por sus atenciones y favores.

Ni siquiera se había ablandado al oír su nombre.

Un duque sería un protector considerablemente más elevado que un simple vizconde. Frunció el ceño. Curioso: había oído que su viejo amigo, o como se referían ahora al vizconde Furoe, el «que ha vuelto de entre los muertos», se había casado recientemente. Pero, por otra parte, muchos hombres se casaban por dinero y mantenían amantes aparte; su padre era un ejemplo clásico. Podía entender perfectamente por qué cualquier hombre querría a Caitria. Ella era pura sensualidad.

Todo en ella era profundamente sensual, desde su abundante cabello castaño rojizo hasta su piel cremosa y sedosa, sus generosos pechos y sus larguísimas piernas. Pero eran sus ojos. Como esmeraldas relucientes, revelaban todas sus emociones. Podría perderse en ellos.

Sería una amante magnífica.

Una ráfaga de lástima por la nueva lady Furoe lo recorrió.

Quizás lady Furoe vería con buenos ojos que alguien se llevara a la amante de Furoe. Volvió a sonreír mientras nadaba de vuelta a la orilla. El hecho de que Caitria estuviera muy por debajo de su posición no significaba que no pudiera tener un devaneo con ella.

Su sonrisa se borró. No podía engañarse a sí mismo. Sería más que un devaneo. La deseaba. La deseaba con una intensidad que no había sentido en mucho, mucho tiempo.

Su sonrisa regresó, porque Alexander Forsyth, el quinto duque de Summerton, solía conseguir lo que quería.

Capítulo dos

Alexander no había planeado visitar a lord Furoe tan pronto tras llegar a su propiedad de campo, pero la imagen de Caitria no se le iba de la cabeza. A la mañana siguiente, ensilló a Gengis antes incluso de que su casa despertara.

Se preguntó si Furoe lo recordaría. Había oído que no tenía recuerdos de antes de su estancia en Irlanda. Aquello era terrible.

Alexander lo recordaba con claridad. Habían pasado muchos veranos de juventud aquí, en Dorset, compitiendo: nadando, peleando, bebiendo, persiguiendo mujeres y, en general, buscando problemas. Había llorado la muerte del vizconde hacía todos aquellos años, así que tenerlo de vuelta era verdaderamente maravilloso..., si no fuera por el hecho de que Lucien era el protector de la mujer que él deseaba.

La deseaba con una ferocidad que casi lo asustaba.

Quizá el hecho de que Furoe hubiera perdido la memoria fuera una ventaja, porque en realidad no era el amigo que él conocía quien había regresado. Lucien era un extraño.

Sintió, de todos modos, lástima por Furoe, porque parecía que los rumores eran ciertos. Furoe se había casado por dinero, al estar en la ruina. Se había casado con lady Courtney. Su prometida. Su adinerada exprometida.

Obviamente, había conocido a Caitria en Irlanda y se la había traído con él.

¿Qué decía de Alexander que envidiara a un hombre que había perdido sus recuerdos?

La propiedad de los Furoe se hallaba a tres millas por la costa, una distancia respetable que le permitió ordenar sus pensamientos. Dio un rodeo por los acantilados, recordándose a sí mismo que todavía era temprano.

La brisa cálida traía el aroma a sal y flores silvestres, recordándole el cabello alborotado por el viento de Caitria. Había hecho indagaciones discretas y se había enterado de que lord Furoe había llegado efectivamente al condado el día anterior con su nueva esposa y su servicio.

Había confiado en que una visita a primera hora de la mañana le permitiría evitar a Furoe y limitarse a hablar sobre Caitria con su personal. No obstante, se llevaría una decepción.

Alfred, el mayordomo que le dio paso a Seacliff House, tenía ese aire particular de eficiencia apresurada que delataba a una casa que aún se estaba asentando.

—Su excelencia, pase, por favor.

—No deseo molestar al vizconde tan temprano, pero pasaba por aquí y quería darle la bienvenida a casa.

—Su señoría y lady Furoe están en el jardín. Estoy seguro de que querrá verle —le informó Alfred, guiándolo por la casa.

Mientras seguía a Alfred, trató de recordar cómo era lady Courtney. La había conocido un verano, cuando la pareja se comprometió por primera vez. Alexander recordaba haber bromeado con Furoe sobre su deseo de casarse tan joven, pero en secreto había envidiado a su amigo por haber encontrado el amor.

El jardín se abría a una terraza con vistas al mar, y allí encontró a la pareja sentada bajo un toldo a rayas. Lady Courtney se levantó primero; su belleza morena era evidente de inmediato. *Pero no tanto como la de Caitria.* El pensamiento le resultó incómodo.

—Su Excelencia —dijo Lady Courtney, haciendo una reverencia perfecta—. Qué placer tan inesperado. Cariño, este es tu vecino, el duque de Summerton.

La bienvenida de Furoe fue más reservada; un ligero entrecerrar de ojos sugería que encontraba peculiar la visita sorpresa. —

Summerton —dijeron los hombres al estrecharse la mano y fue desconcertante no ver ni un rastro de reconocimiento en los ojos del vizconde—. Siéntate.

—De verdad que no pretendía venir tan pronto, pero estaba cabalgando y… —Alexander se dio cuenta de que eso le hacía parecer un curioso por el hombre que había vuelto de entre los muertos—. Me encantaría invitaros a cenar. Solo estaremos mi madre y yo, y nuestras invitadas, Lady Hambleton y su hija, Penelope. —La mirada que compartieron le hizo sobresaltarse. Parecían estar genuinamente enamorados, aunque eso significaba poco. Sus propios padres parecían devotos el uno del otro en público —. Sentía que debía dar la bienvenida formal a casa a mi amigo y ofrecerme para ayudarle con cualquier laguna respecto a la propiedad y su funcionamiento, ya que ha estado fuera tanto tiempo.

«Y no puedes recordar nada». Se guardó esas palabras para sí mismo.

—Es muy amable por su parte, Summerton —dijo Lady Courtney con un tono un poco demasiado alegre.

Antes de que Furoe pudiera responder, la risa de una niña resonó por el jardín y, un momento después, apareció corriendo una niña pequeña. La niña se detuvo al ver a Alexander entre ellos.

Lady Courtney sonrió. —Ava-Marie, ven a conocer a su excelencia, el duque de Summerton.

—Hola —dijo ella con timidez y acento irlandés. La pequeña se acercó al lado de Lady Courtney, y él observó cómo esta subía a la niña a su regazo.

—Buenos días, jovencita. —Vio enseguida que aquella niña era de Furoe. Era la viva imagen del vizconde, pero en los ojos… ¡Santo cielo, se parecía a Caitria! Los celos surgieron rápidamente y se los tragó. Tendría unos cinco años, nacida obviamente en Irlanda.

—Esta es mi hija, Ava-Marie.

—¿Conocía a mi daidí…, a mi papá de antes? —preguntó la pequeña mientras cogía un bollo de un plato.

Él le sonrió. —Lo conocía. —Miró a Furoe, que estaba sentado justo a su lado como un extraño—. Éramos buenos amigos. —Las

preguntas daban vueltas en su cabeza. ¿Estaba Caitria aquí con su hija? ¿Era por eso por lo que vivía con ellos? ¿Era por eso por lo que Lady Courtney aceptaba a la amante de Furoe bajo su techo o era que Caitria ya no era su amante, sino meramente la madre de su hija de Irlanda?

Aquello no era lo que esperaba, pero no cambiaba cuánto deseaba a Caitria. Simplemente podría hacer que fuera más fácil ofrecerle su protección. Entonces vio cuánto amaba Furoe a su hija, la mirada que le dedicaba a Ava-Marie.

¿Podría quitarle la mujer a la que Furoe quizá todavía amara a un hombre que ya había perdido tanto?

La culpa hizo que se pusiera en pie. Tenía que irse.

—¿Quedamos entonces para cenar dentro de dos noches? No se levanten. Sé cuál es la salida.

No volvió por el interior de la casa, sino que caminó por el jardín. Alexander no podía quitarse de encima sus pensamientos inquietos mientras caminaba hacia las caballerizas. La revelación sobre Ava-Marie lo había desequilibrado. Necesitaba tiempo a solas para digerir lo que acababa de descubrir.

Un quejido llamó su atención mientras se acercaba a las puertas del establo. Entonces oyó una voz familiar con aquel cadencioso acento irlandés.

—Ya está, tranquila, chica. Lo estás haciendo muy bien.

Se asomó al tenue interior y allí estaba Caitria, arrodillada en la paja junto a un gran perro de caza. La perra estaba claramente de parto, y Caitria estaba cubierta de paja y suciedad, con el pelo escapándosele de las horquillas y el vestido hecho un desastre.

Ella levantó la vista y sus ojos verdes se abrieron de par en par. —¡Summerton! —Al menos recordaba su nombre—. Yo… ¿qué hace usted aquí?

Él la ignoró, mientras crecía su preocupación por el animal. —¿Cuánto tiempo lleva de parto?

—Casi toda la noche, supongo. El mozo de cuadra la encontró esta mañana y me llamó. He estado esperando el momento. Es su primer alumbramiento. —Las manos de Caitria se movían con suave confianza sobre el vientre hinchado de la perra—. El primer cachorro

viene mal colocado, creo. He ayudado en suficientes partos de animales de granja para saber que eso no es bueno.

Alexander se arrodilló a su lado, ignorando la paja y el lodo. —Tenemos que girarlo o ayudarlo a salir, o podríamos perder tanto a la madre como a todos los cachorros.

—Estaba a punto de hacerlo, pero tal vez… si usted ya lo ha hecho antes…

Él se quitó la chaqueta sin pensarlo y se remangó la camisa. —Menos mal que estoy aquí, entonces.

Ella le lanzó una mirada de sorpresa y luego sonrió. En ese momento, un muchacho regresó con criados que traían varios objetos. —Ropa limpia, agua tibia.

Él reunió los suministros, observando cómo ella le susurraba a la angustiada perra, con su acento irlandés volviéndose más marcado mientras calmaba al animal. Tenía el rostro encendido por la concentración, una mancha de suciedad en una mejilla y mechones de pelo cobrizo rizándose con la humedad en sus sienes.

Nunca le había parecido más hermosa. Ni siquiera ayer en la cala, cuando surgió como Venus de entre las olas. Esta era una belleza de un tipo completamente distinto: una que venía del corazón.

—Aquí —guió ella las manos de él—. Yo la sujetaré justo así, mientras usted gira al cachorro. —Lo miró—. Dígame que ha hecho esto antes.

—No desde hace tiempo, pero ayudé a mi perra pastora favorita hace unos años.

Trabajaron juntos en un silencio concentrado. Alexander se descubrió hipnotizado por sus movimientos seguros, la fuerza serena de sus manos pequeñas, la forma en que parecía saber exactamente lo que el animal necesitaba. Esta era la misma mujer que su madre descartaría como una don nadie de campo; sin embargo, poseía más nobleza real en su dedo meñique que la mayoría de las damas aristocráticas que su madre paseaba ante él. No era ninguna damisela melindrosa de la sociedad que fuera a desmayarse ante la visión de un parto.

Él introdujo la mano y, tras un giro firme, el primer cachorro finalmente se deslizó hacia fuera. Caitria le despejó rápidamente las vías respiratorias y se lo entregó. —Manténgalo caliente mientras ella expulsa al resto.

Él acunó a la pequeña criatura, asombrado por esa nueva y frágil vida. ¿Cuándo había sido la última vez que había hecho algo tan real, tan significativo? Sus días estaban llenos de la gestión de fincas y obligaciones sociales, pero esto —esta conexión pura con la vida misma— se sentía más importante que cualquier baile de sociedad.

La diminuta criatura se retorcía en sus palmas mientras tres cachorros más la seguían en rápida sucesión y luego otro más. Durante todo el proceso, Caitria permaneció calmada y eficiente, aunque su rostro mostró alivio cuando el último llegó sano y salvo.

—Cinco cachorros sanos —dijo con satisfacción, sentándose sobre sus talones—. Aunque su madre me ha dado un buen susto.

Pero no era a los cachorros a quienes él miraba. Alexander no podía apartar la vista de ella. Estaba hecha un desastre, con el vestido probablemente arruinado y briznas de paja atrapadas en el pelo como un halo salvaje. Parecía una especie de diosa pagana de la fertilidad, muy alejada de los jardines cultivados de la sociedad. Y, que Dios lo ayudara, la deseaba más que nunca.

—Es usted extraordinaria —dijo antes de poder contenerse—. Sencillamente extraordinaria.

Ella parpadeó, luego se miró el vestido arruinado y se echó a reír. —Querrá decir que estoy hecha un cuadro. ¿Qué debe de pensar de mí? Primero nadando en su cala y ahora gateando por los establos...

—Pienso que es la persona más auténtica que he conocido. —Las palabras surgieron de algún lugar profundo y sincero de su interior —. No finge ser algo que no es.

La sonrisa de ella se desvaneció un poco. —Soy exactamente lo que parezco ser, milord. La hija de un granjero que, por casualidad, ha acabado en buena compañía.

—Alexander —dijo él impulsivamente—. Por favor, llámeme Alexander.

Ella negó con la cabeza, aunque sus ojos se suavizaron. —Alexander.

Nunca el sonido de su propio nombre pronunciado tan suavemente le había provocado semejantes escalofríos.

—Tiene un don con los animales —dijo él con cuidado—. Las perreras de Summerton House han estado lamentablemente descuidadas desde los tiempos de mi padre. Quizá… quizá podría permitirme reclamar dos de los cachorros cuando estén listos para dejar a su madre.

—Tendría que preguntárselo a Lucien.

La familiaridad de usar el nombre de pila de Furoe lo golpeó como un mazazo. —Por supuesto.

—Pero estoy segura de que Lucien estará encantado de regalárselos. ¿Vive cerca de aquí?

—Mi propiedad está a unos kilómetros hacia el este. Conozco a Furoe desde que éramos niños, aunque, por supuesto, él no me recuerda.

Su sonrisa se atenuó mientras se levantaba y se lavaba las manos en el cubo de agua. —Ha perdido mucho. Pero ahora es feliz. —Parecía melancólica. ¿Acaso amaba a Furoe?

Justo entonces, llegó el caballerizo mayor de Furoe, John. —Lo siento, Su Gracia. No sabía que quería que ensillara a Genghis. —John se alejó a grandes zancadas para preparar el caballo de Alexander.

Ante las palabras «Su Gracia», Caitria se giró bruscamente hacia él. —¿Su… Gracia?

En ese instante, una voz sonó junto a las puertas del establo. —Es Alexander Forsyth, el duque de Summerton.

Lucien.

Observó cómo el rostro de Caitria palidecía antes de que sus ojos chispearan de ira. —Podría haberme dicho quién era.

—Lo hice. Todo el mundo me llama Summerton.

Furoe se acercó para ver a los cachorros. —He oído que ambos habéis ayudado a salvar a mi perra favorita. Gracias.

Apenas oyó las palabras de Furoe, tan absorto estaba en la reacción de Caitria ante su título. Parecía más molesta que impresionada. Obviamente, no buscaba un nuevo protector. Tendría que hacer que cambiara de opinión.

—Debería ir a asearme. —Ella se detuvo en la puerta del establo, a contraluz por el sol de la mañana. Por un momento, pareció una especie de diosa irlandesa salvaje, orgullosa e indómita.

Él se acercó para ponerse a su lado. —Quizá podríamos nadar luego esta tarde —susurró para que Furoe no pudiera oírlo—. Si acude a la cala, sabré si tengo alguna oportunidad.

—Quizá —dijo ella en voz baja—. Si cierta persona promete comportarse, podría dejarme convencer.

Él intentó reprimir una sonrisa pícara, pero debió de fracasar, pues ella se rio y le hizo una pequeña reverencia que, de algún modo, lograba ser a la vez correcta e irónica. Luego se marchó, dejando a Alexander con la firme impresión de que podría tener una oportunidad, hasta que una voz habló a su lado: —Puede que haya perdido los recuerdos de nuestra amistad, así que no sé si éramos buenos amigos. Tómalo como una advertencia: no me sentará nada bien que le hagas daño.

En ese momento llegó John con Gengis, y él montó de un salto.

—Éramos buenos amigos. Pero competitivos. Sin embargo, ninguno de los dos llegaba nunca al extremo de herir a nadie en nuestros juegos. Te prometo que eso no ha cambiado. —Dicho esto, partió hacia casa esperando poder cumplir tal promesa.

Capítulo tres

A Caitria aún le temblaban las manos mientras regresaba a la casa. No por el difícil trance con los cachorros; había ayudado a nacer a innumerables animales en su hogar en Irlanda. No, su temblor se debía a la presencia de Summerton. «Es un duque, por el amor de Dios. No debería sentir lo que siento por él». Un hombre tan por encima de su posición social que era una montaña imposible de conquistar. Sin embargo, su proximidad, la forma en que sus manos se habían movido con tanta seguridad a pesar de su obvia riqueza y estatus... Le gustaba. Le gustaba demasiado.

El duque de Summerton. Debería haberlo sabido. Ningún simple caballero se habría comportado con esa autoridad innata.

Se detuvo en la puerta para limpiarse las botas, aunque era una causa perdida. Al igual que su vestido. Al igual que su compostura. El recuerdo de él remangándose, revelando unos antebrazos fuertes mientras se arrodillaba junto a ella en la paja, hizo que el calor le subiera a las mejillas. Recordó la imagen de él corriendo desnudo hacia las olas.

Hoy no había dudado en ensuciar sus finas ropas, no se había inmutado ante la crudeza del parto.

Pero mientras subía las escaleras, no podía quitarse de la cabeza su expresión cuando ella había pronunciado su nombre. «*Alexander*». Lo había dicho, saboreándolo en la lengua como una fruta prohibida. Y, por un solo instante, todas las barreras entre ellos se habían disuelto.

Se quitó el vestido arruinado y lo dejó en un rincón para las criadas. El agua tibia de su jofaina se volvió turbia mientras se frotaba las manos y los brazos, pero aún podía sentir el fantasmagórico contacto de sus dedos mientras trabajaban juntos sobre la perra durante el parto.

—Chica tonta —se murmuró a sí misma en irlandés—. Ya estás volviendo a soñar por encima de tus posibilidades. —Hombres como Summerton solo tenían un uso para una mujer como ella, y eso solo le traería disgustos.

Pero otra voz, una que sonaba sospechosamente como la de su madre, susurró: «¿Y por qué no? ¿Acaso no decían los Antiguos que la tierra recuerda cuando todos éramos reyes y reinas?».

Su rostro ardió al recordar que le había dicho que quizá volvería a nadar esa tarde. Y lo había dicho en serio, arrastrada por la intimidad del momento. Ahora, bajo la fría luz del día, no estaba segura de si debía ir.

Sabía que no debía.

Unos golpes en su puerta impidieron que siguiera dándole vueltas al asunto. —¿Caitria? —La voz de Ava-Marie llegó a través de la madera—. ¿Es verdad que ya están aquí los cachorritos? ¿Puedo verlos?

Caitria sonrió y sus pensamientos atribulados se desvanecieron. Esta era su vida real: lecciones y risas, familia y placeres sencillos. No baños prohibidos con duques apuestos ni sueños por encima de su clase.

—Deja que me cambie de vestido, *a stór* —respondió—. Luego iremos a verlos juntas.

Pero, al ir a coger un vestido limpio, sus ojos se desviaron hacia la ventana. El sol ya estaba alto, el mar era una cinta centelleante en la distancia. ¿Estaría él allí esa tarde, esperando? Y lo más importante: ¿iría ella?

Se tocó los labios, recordando cómo se había sentido su nombre al pronunciarlo. «*Alexander*». Como un hechizo, como una llave girando en una cerradura. Como algo que podría liberarla o atraparla para siempre.

—Cielo santo, ayúdame —susurró. Porque sabía dónde estaría esa tarde, y era definitivamente un lugar al que una mujer como ella no debería ir.



¿No iba a venir?

Alex se sentó en la misma roca en la que se había sentado ayer, cuando le habían flaqueado las rodillas al ver a su sirenita chapoteando en el agua. Cuando ella salió del mar con su fina camisola de lino pegada a un cuerpo hecho para el pecado, casi se le había olvidado respirar. Era el sueño de cualquier hombre hecho realidad.

Lanzó una piedra y observó cómo saltaba sobre el agua. Llevaba allí casi media hora. Le sorprendía lo decepcionado que se sentía. Era una mujer hermosa. Había tenido su buena ración, y más aún, de mujeres hermosas. ¿Por qué le irritaba que lo rechazase?

Con un suspiro, se quitó la camisa por la cabeza. Bien podría enfriar su ardor con un baño. Nadaba allí todos los días durante el verano. Le encantaba sentir el trabajo de los músculos mientras hendía las olas. Lo mantenía en buena forma y le permitía tener tiempo para sí mismo, algo difícil de conseguir con tanta gente en su casa. Sus criados intentaban ser discretos, pero siempre estaban allí.

Estar solo era aún más importante en ese momento debido a las intromisiones de su madre. Lady Penelope y su madre se estaban volviendo pesadas, y solo llevaban allí un día. ¡Quedaban dos semanas! Lo volverían loco. No era de extrañar que hubiera deseado con ansias un encuentro con Caitria.

Tras quitarse el resto de la ropa, corrió hacia las olas. El frío instantáneo del agua lo refrescó mientras se sumergía. Quizá era mejor que ella no hubiera venido. Estaba claro que formaba parte de la casa de Furoe y, si era la madre de su hija, él no quería interponerse entre ellos. Furoe tenía todo el derecho a quedarse con la niña, y quizá enviaría lejos a Caitria si ella se descarriaba.

El antiguo Lucien nunca prohibiría a la madre de su hija ver a la pequeña, pero Alex no tenía ni idea de quién era este retornado lord Furoe. ¿Quizá Caitria tenía miedo de su protector? ¿Miedo de que le quitara a su hija?

Cruzó la bahía nadando y estaba de regreso cuando un movimiento en la playa captó su atención. Dejó de bracear. Había venido. Su corazón no tardó en acelerarse por algo más que el esfuerzo físico, pues observó cómo ella se quitaba lentamente el vestido y, solo con su camisola, se adentraba en las olas.

Alex observó, hipnotizado, cómo Caitria se deslizaba por el agua con la gracia de una ninfa marina. Su cabello cobrizo flotaba tras ella como las algas, atrapando los rayos dorados del sol de la tarde. Mantuvo la distancia, pero su presencia llenaba la cala con tanta fuerza como la marea.

—No estaba seguro de que vendrías —exclamó, con cuidado de mantener la voz firme a pesar de los latidos de su corazón.

Ella inclinó la cabeza mientras se mantenía a flote.

—Yo tampoco. —Su deje irlandés viajó sobre las olas—. Quizá no debería haberlo hecho.

—¿Entonces por qué lo has hecho? —se acercó más, atraído hacia ella como un barco hacia la orilla.

—Porque… —Hizo una pausa y luego rio suavemente—. Porque a veces el mar llama y el decoro debe esperar.

El brillo de sus ojos y la forma en que se movía por el agua con tanta confianza lo cautivaron. No se parecía en nada a las damas que su madre le presentaba, todas ellas de modales artificiales y sonrisas calculadas.

—El mar no es el único que llama —dijo él, acortando la distancia entre ambos. Estaban lo bastante cerca como para ver las gotas de agua adheridas a sus pestañas.

—Su gracia… —comenzó ella.

—Alexander —corrigió él—. Por favor.

Sus ojos se encontraron y el mundo pareció detenerse. Hasta las olas parecieron contener el aliento. Él estiró la mano, rozando su mejilla con los dedos, y ella no se apartó.

—Alexander —susurró ella, y el sonido de su nombre en sus labios lo desarmó.

Él la agarró del brazo y la atrajo hacia sí. El calor de sus cuerpos chocaba con el frío del agua. Deseó que ella estuviera tan desnuda como él, pero el fino lino no era gran barrera. Vio sus pezones oscuros y endurecidos, y se le hizo la boca agua por saborearlos.

Ella flotaba ante él como un festín y su boca no tardó en encontrarle los pechos, apartando el lino hasta que pudo mamar de ellos suavemente. Quería saborearla.

Atrayéndola de nuevo a sus brazos, la besó, saboreando la sal, el sol y algo salvaje que le recordaba a los acantilados irlandeses y los mares tormentosos. Por un momento, ella cedió y dejó que su mano descansara en el pecho de él.

—Eres todo lo que he estado buscando —murmuró contra sus labios—. Puedo ofrecerte mucho más que a Furoe. Tu hija podría tenerlo todo…

Ella se apartó bruscamente, como si hubiera recibido un golpe.

—¿Qué has dicho?

—Sé lo de Ava-Marie —dijo dulcemente—. Entiendo por qué te quedas con él, pero…

—¡Usted no entiende nada! —Su voz restalló como un trueno. Lo empujó en el pecho, se dio la vuelta y se zambulló antes de emerger y surcar el agua hacia la orilla con brazadas potentes, como si la persiguiera un tiburón.

Él la siguió rápidamente, preguntándose qué había dicho que estuviera mal. Llegó a la playa justo cuando ella se envolvía en su toalla. Sus ojos ardían con una ira que dejaba en ridículo a los mares tormentosos.

—¿Cree que soy la amante de Lucien? ¿La madre de su hija? —Se rio, pero no había calidez en su risa—. Soy la prima de Ava. Ava, la difunta esposa de Lucien, era mi prima. Vine de Irlanda para ayudar a cuidar de Ava-Marie después de que muriera su madre. No soy ni amante ni madre, su gracia. Solo soy una pariente pobre que cumple con su deber para con la familia.

La verdad lo golpeó como una ola y barrió todas sus suposiciones.

—Caitria, yo…

—Ahórrese la saliva, su gracia. Ha dejado muy clara la opinión que tiene de mí. Y este comportamiento no ha hecho más que confirmarme lo que piensa de mí —recogió su vestido, con movimientos cortantes y dignos—. Pero nunca me ofrecería por dinero, piense lo que piense. Lo elegí porque me gustaba. Pensé que era diferente. Pero qué decepcionante descubrir que es como todos los hombres con título. Piensan que el dinero lo compra todo. Pues bien, su gracia, a mí no me comprará.

Se marchó por el sendero con la cabeza alta, dejándolo desnudo en la orilla con el sabor amargo de sus propios prejuicios en la boca.

Se había equivocado en todo. Y ahora la deseaba aún más.

Capítulo cuatro

Caitria durmió poco esa noche. La ira le ardía en lo más profundo, pero también la vergüenza. Podía ver claramente cómo su gracia se había formado esa opinión de ella. Había nadado prácticamente desnuda y luego había ido a la playa al día siguiente, cuando él se lo pidió.

Había ido porque... no podía mantenerse alejada de él. ¿Por qué las mujeres se dejaban influir por una cara bonita y una sonrisa encantadora? Casi había cometido un error terrible.

Debido a la falta de sueño, bajó tarde a desayunar esa mañana. Ava-Marie acababa de terminar de comer. —Tía Caitria —exclamó al verla entrar—. ¿Podemos ir al mar hoy?

—Es una idea maravillosa —dijo Courtney—. Podríamos ir todos.

«Mientras no sea a su playa...», fue su primer pensamiento. —Seguro que podemos ir en cuanto haya desayunado y antes de que haga demasiado calor.

Ava-Marie saltó de alegría. —Se lo diré a Dai... a mi padre —y salió disparada por la puerta.

—Pareces cansada, Caitria. ¿Te encuentras bien?

Tenía que ser Courtney la que se diera cuenta. —Estoy bien. No he podido dormir. Debe de ser por la cama nueva.

—¿Es incómoda? Estoy segura de que podríamos encontrar otro colchón.

Le sonrió a Courtney. —Está bien, gracias. Gracias por toda tu amabilidad.

—Qué tontería. Eres de la familia. De hecho, nos han invitado a cenar a casa de Su Gracia esta noche. Quizá prefieras descansar esta tarde antes de que vayamos.

Ella levantó la cabeza de golpe. —Oh, me sería imposible ir. Quiero decir...

Courtney frunció el ceño y dejó su taza de té. —¿Por qué no ibas a poder ir? Eres parte de esta familia.

Podía sentir que el rostro le ardía. ¿Cómo podía sentarse a cenar con un hombre que le había ofrecido ser su amante? —No sabría cómo actuar ni qué decir...

—Nunca superarás ese miedo si no asistes a eventos. Es una reunión pequeña y a Lucien le ayudará saber que estás allí.

Ese fue un golpe bajo. Courtney sabía que ella haría cualquier cosa por Lucien. —¿Cómo explicarás mi presencia?

Courtney se recostó, con gesto confuso. —Que eres la familia de la difunta esposa de Lucien. Él no se avergüenza del tiempo que pasó en Irlanda. Ni se avergüenza de ti ni de Ava-Marie.

Se avergonzaría si se enterara de que había estado nadando prácticamente desnuda con Su Gracia. Se puso en pie. —Iré por Lucien, pero no me culpes si resulta un desastre. Ahora, si me disculpas, voy a organizar las cosas que necesitamos para la excursión de Ava-Marie al mar.

—Ni hablar. Vuelve a sentarte y come. Lo organizaré todo con la niñera de Ava-Marie, y nos reuniremos contigo fuera en una hora aproximadamente.

Esperó a que Courtney se marchara antes de soltar un suspiro. Se estaba perdiendo en tierra de nadie una vez más. Ava-Marie tenía ahora una niñera, así que ¿en qué lugar quedaba ella? ¿En el de una mujer mantenida por la caridad de Lucien?

Lady Tiffany, una de las amigas de Courtney, la estaba ayudando a invertir parte del dinero para sus gastos personales que le daba Lucien. Las damas tenían su propio club de inversión y, en cinco años, Caitria debería tener dinero suficiente para comprar la casita que Lucien y Ava poseían en Malahide, cerca de Dublín. No tendría que volver a preocuparse por el dinero nunca más.

Pero si era sincera consigo misma, no quería volver a esa vida, especialmente sin la protección de un hombre. Se estaba ablandando. Le gustaba que la atendieran. Le gustaba tener una cama cálida y cómoda, ropa limpia y comida deliciosa preparada para ella.

Realmente debería pensar en marcharse antes de que no fuera capaz de hacerlo.

Lady Lauren, la hermana de Lucien, le dijo que podría ayudarla a conseguir un trabajo como niñera. Pero Lucien no quería ni oír hablar de ello. Aun así, encajaría mejor como niñera que intentando ser una dama. Aunque su acento había mejorado hasta el punto de que la mayoría de los tenderos pensaban que era de una clase social alta, en los momentos de estrés el deje irlandés afloraba.

Sintió que le empezaba a doler la cabeza, pero no quería decepcionar a Ava-Marie. Quizá debería pasar el verano aquí con su «familia» antes de tomar ninguna decisión. Tomarse su tiempo y pensar qué quería para su vida de ahora en adelante.

Más tarde, mientras sostenía la mano de Ava-Marie bajando hacia la playa —una playa que no era la «suya»—, un pensamiento preocupante entró en su cabeza.

Una cosa que su corazón le decía que quería era a Alexander.

Ese pensamiento por sí solo debería hacerla huir, pero cuando Ava-Marie la miró sonriendo, no quiso dejar a esta niña. Prácticamente la había criado ella, y la idea de vivir en Irlanda mientras Ava-Marie vivía en Inglaterra era insoportable. No se verían nunca.

Y eso le rompería el corazón.

Capítulo cinco

Las arañas de cristal de Summerton House fracturaban la luz del sol en mil arcoíris danzantes, y cada uno de ellos se sentía como una acusación para Caitria. Apretó con más fuerza sus guantes de seda prestados, segura de que, en cualquier momento, alguien señalaría a la hija de granjeros irlandeses y gritaría «¡impostora!».

La madre de Su Gracia, la duquesa, era todo lo que Caitria había imaginado y temido. Alta, elegante, con el cabello oscuro veteado de plata y unos ojos azul ártico que parecían ver a través de ella. La mirada de la mujer mayor recorrió el sencillo vestido de noche de Caitria —uno de los descartes de Courtney que habían arreglado para que le quedara bien— y su boca se tensó ligeramente.

—¿No es ella la niñera? Estoy segura de que Lady Garner me habló de una niñera irlandesa que había acompañado a lord Furoe desde Irlanda. Qué... inusual incluir al personal doméstico en la cena —comentó la madre de lady Penelope, lady Hambleton, a la duquesa con una sonrisa afilada—. ¿Acaso hablaba alto a propósito?

Caitria vio que la mirada de Lucien se endurecía. —La señorita O'Donnell es de la familia —dijo Lucien con firmeza ante la hostilidad subyacente. Se mostraba defensivo con respecto a su tiempo en Irlanda y protector con ella.

—¿Ah, sí? —Las cejas perfectamente arqueadas de lady Penelope se elevaron mientras su mirada saltaba entre Caitria y Lucien—. Qué... fascinante.

Caitria deseó que la tierra se la tragara. Ellas también pensaban que había sido la amante de Lucien.

En ese momento, sorprendió a Alexander observándola desde el otro lado de la mesa; sus ojos azules eran del mismo color que los de su madre, pero mucho más cálidos. Mientras ella lo miraba, los suyos se oscurecieron con una emoción que no terminaba de descifrar. O que quizá no quería descifrar.

—Dígame, señorita O'Donnell —la voz de lady Penelope destilaba un veneno recubierto de miel—, ¿qué le está pareciendo su escapada al campo? ¿Ha encontrado alguna actividad de su interés? He oído que hay playas muy agradables para visitar.

Ante la insinuación en las palabras de lady Penelope, el silencio que cayó sobre la mesa resultó ensordecedor. Las mejillas de Caitria ardían, pero se negó a bajar la mirada. ¿Alguien había estado espiando a Su Gracia? ¿Los habían visto juntos en la cala? Esperaba que no, o Lucien se disgustaría.

—Me encanta el mar. Los irlandeses aprendemos a nadar de jóvenes, milady. Al mar no le importan los títulos.

Un sonido de asfixia que bien pudo ser una carcajada reprimida a toda prisa provino de donde estaba Courtney.

—Tiene toda la razón —dijo Alexander, con su voz imbuida de esa autoridad aristocrática que podía silenciar una sala—. Considero que nadar es una habilidad admirable. Uno nunca sabe cuándo puede resultar útil.

Los ojos de su madre se entrecerraron ante su defensa. —Hablando de habilidades útiles, lady Penelope toca el pianoforte maravillosamente. Quizá después de cenar...

Ignorando a su madre, Alexander dijo: —Esperaba que la señorita O'Donnell nos hablara de los cachorros que nacieron ayer. Un parto bastante dramático, según tengo entendido.

La duquesa puso cara de haber mordido un limón, pero Caitria aprovechó el cambio de tema con gratitud. —Cinco cachorros sanos —dijo, con cuidado de mantener su cultivado acento inglés—. Su hijo fue de una ayuda inestimable para traerlos al mundo.

—¿Ayudaste a traer cachorros al mundo, Alexander? —La voz de lady Penelope subió una octava y su familiaridad irritó a Caitria—.

Qué... inesperado.

—En efecto. La señorita O'Donnell me ha enseñado bastante sobre partos caninos. —Sus ojos se encontraron con los de Caitria al otro lado de la mesa, y el ardor en ellos hizo que a ella se le cortara la respiración—. Tiene muchos talentos ocultos.

—Evidentemente —masculló lady Penelope para su copa de vino.

—¿Va a quedarse durante el verano, señorita O'Donnell? —preguntó la duquesa, con un tono que sugería que aquello le parecía sumamente irregular.

—Sí, Su Gracia. Para ayudar con la transición de Ava-Marie a su nueva vida y para visitar la costa. Echo de menos el mar cuando estoy en Londres.

—¿Seguro que para eso no están las niñeras? —terció lady Hambleton.

—Caitria no es la niñera —dijo Courtney con firmeza—. Ha sido como una madre para Ava-Marie.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está la verdadera madre de la niña? —preguntó lady Penelope con fingida inocencia.

—Mi prima Ava falleció —dijo Caitria en voz baja—. Por eso ayudo a cuidar de su hija.

—¿Su prima? —Los ojos de lady Penelope se abrieron de par en par al comprenderlo de repente. Miró de nuevo entre Caitria y Alexander, y se puso colorada—. ¡Oh! Había pensado..., es decir, asumí...

—Sí, bastantes personas parecen hacer suposiciones sobre mi carácter —dijo Caitria, en un susurro apenas audible, mientras miraba a Alexander. Él tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—No permitiré que se calumnie así a Caitria, la prima de mi esposa. Espero poder contar con todos los presentes en esta sala para asegurar que cualquier mentira de ese tipo sea aplastada —intervino Lucien en el incómodo silencio que siguió.

Las damas tuvieron la decencia de parecer compungidas. La duquesa añadió: —Yo misma daré las explicaciones pertinentes si llegara a ser necesario, y es usted bienvenida a visitarnos con lady Courtney en cualquier momento.

Sorprendida por los matices conciliadores de su invitación, Caitria respondió con una cálida sonrisa: —Gracias, Su Gracia. Recordaré su amable invitación.

La conversación pasó a temas más seguros: cotilleos locales, el tiempo, los próximos eventos sociales. Pero Caitria podía sentir la mirada de Alexander volviendo a ella una y otra vez. Cuando se atrevía a mirarlo, el anhelo desnudo en sus ojos hacía que a ella le diera un vuelco el corazón.

No fue hasta que se disponían a marchar cuando se encontró momentáneamente a solas con él en el vestíbulo de entrada.

—Lo siento —dijo él en voz baja—. Por todo.

—¿De veras? —Ella mantuvo la voz baja—. ¿Sientes haber hecho suposiciones sobre mi carácter o sientes que esas suposiciones resultaran ser falsas?

Él alargó la mano para buscar la de ella, pero se apartó.

—Caitria…

—Tu madre está mirando —susurró—. Y tu futura duquesa está esperando.

Y se movió para dirigirse al carruaje.

Pero mientras el coche se alejaba de Summerton House, no podía evitar que su traicionero corazón se preguntara cómo se habría sentido el contacto de él, ni que su mente imaginara un mundo donde los títulos y las posiciones no importaran tanto.

—¿Hay algo entre Su Gracia y tú? —preguntó Lucien, con la preocupación grabada en el rostro.

—Por supuesto que no. Coincidimos cerca del mar, eso es todo. —Menos mal que estaba oscuro y él no podía verle el rostro encendido.

—Su Gracia es un hombre amable, por lo que he oído —añadió Courtney—. Sospecho que su madre está planeando un enlace con lady Penelope.

Caitria se giró para mirar por la ventana. El mensaje de Courtney no le pasó desapercibido. Un duque no iba a ofrecerle matrimonio a una mujer como ella.

—Estoy segura de que lady Penelope sería una excelente duquesa para Su Gracia.

No fue ninguna sorpresa que nadie en el carruaje rebatiera aquel hecho.

Capítulo seis

Unos días después, Caitria no podía creer que hubiera aceptado ir a este pícnic. Cuando Alexander apareció en Seacliff House esa tarde, su natural encanto había desarmado por completo sus defensas. Incluso Lucien, que se había mostrado tan protector últimamente, pareció dejarse convencer por la honesta petición del duque para «mostrarle a la señorita O'Donnell las mejores vistas de la costa».

Tras un corto trayecto en carruaje, allí estaba, sentada sobre una manta entre flores silvestres, viendo a Alexander organizar su banquete con una sorprendente atención al detalle. Lo había traído todo él mismo en lugar de enviar a criados, y ella no pudo evitar conmoverse por el esmero que había puesto.

Debería haber traído a una acompañante, pero ¿a quién quería engañar? Nadie la consideraba una «dama», así que ¿por qué debía seguir las convenciones?

—Espero que perdones la sencillez —dijo él, disponiendo pan, queso y fruta fresca. Además de una botella de vino—. Quería que estuviéramos solos.

A ella le dio un vuelco el corazón al oír sus palabras, pero se obligó a recordar quiénes eran —o, mejor dicho, quiénes no eran—. Su Gracia…

—Alexander —la corrigió con dulzura—. Por favor. Cuando estamos así, a solas, me gustaría ser simplemente Alexander para ti.

—Alexander —cedió ella, notando cómo se le iluminaban los ojos al usar su nombre—. Sabes que esto no es apropiado. No estarías aquí así con lady Penelope porque…

—Penelope es la elección de mi madre, no la mía. Por eso no estoy aquí con ella de esta manera. —Se recostó, con las largas piernas estiradas a su lado, estudiándola con esos intensos ojos azules—. ¿Sabes qué pensé la primera vez que te vi salir de entre las olas aquel día?

—¿Que era una mujer de dudosa virtud? —sugirió ella con sorna.

Él tuvo la decencia de hacer una mueca. —Aparte de eso. Pensé que eras la persona más llena de vida que había visto jamás. Sin fingimientos, sin modales artificiales, solo pura alegría en el momento. —Se inclinó hacia delante, con expresión seria—. Luego me desafiaste. No te importó quién o qué era yo. ¿Sabes lo raro que es eso en mi mundo, Caitria? ¿Lo valioso que es?

—Si vamos a ser justos, cuando te conocí no sabía que fueras un duque.

—¿Habría supuesto alguna diferencia si lo hubieras sabido?

—No. —Ella desvió la mirada, incapaz de soportar la intensidad de la suya—. Estoy segura de que hay muchas damas que podrían aprender a ser más naturales, si eso es lo que deseas.

—No quiero a alguien que finja ser natural —dijo él con firmeza —. Te quiero a ti. Tal y como eres.

—¿Quererme? —gruñó ella.

—No de la forma en que piensas. Quiero una esposa a la que respete. A la que admire y que me cautive de formas que ninguna mujer lo ha hecho hasta ahora. Una mujer como tú.

¡Esto era ridículo! ¡Esposa! —Tu madre se horrorizaría —dijo ella con una risita—. ¿Puedes imaginarme como duquesa?

Él tomó la mano de ella entre las suyas. —Puedo imaginarte como mi duquesa.

—Ni siquiera me conoces.

—Pero te conozco, porque no escondes nada de ti misma.

«Eso no es cierto. Me estoy escondiendo ahora. Estoy ocultando lo mucho que siento por ti y estoy ocultando que me asusto de

muerte porque estás tan lejos de mi alcance que lo que siento no es más que un sueño».

—Si me lo permites, podría hacer realidad los sueños de ambos.

Con un suspiro, ella cogió una manzana y le dio un gran mordisco. Se quedó masticando antes de decir:

—Gracias por creer que podrías casarte conmigo. Guardaré ese pensamiento con cariño, pero nunca funcionaría y lo sabes. La sociedad te despreciará.

—Me importa un rábano la sociedad. Me importa ser feliz y solo yo sé qué tipo de mujer me haría feliz.

Ella se echó hacia atrás y lo miró de verdad. —¿Pero un matrimonio contigo me haría feliz a mí?

—Solo tú puedes responder a eso. ¿Merezco yo la pena frente a las habladurías y los comentarios sarcásticos que probablemente se hagan por lo bajo? ¿Merezco la pena frente al hecho de ser repudiada por la sociedad? Porque si no la merezco, entonces quizá no seas la mujer adecuada para mí.

Aquello era algo en lo que pensar. Recorrió su figura con la mirada y su corazón dio ese pequeño vuelco que daba cada vez que pensaba en él. No lo conocía realmente bien, pero algo en su interior la atraía hacia él. —Esas cosas que acabas de mencionar no serían ninguna de mis razones para no casarme contigo. Simplemente creo que todo esto está pasando demasiado rápido. ¿Hay alguna razón por la que tengas prisa?

Él tomó su mano y depositó un beso en su palma. —No. Pero cuando sé lo que quiero, voy a por ello.

—Entonces, ¿te alegrará esperar mi respuesta?

—Alegrarme no, pero esperaré, porque las mejores cosas de la vida merecen la pena ganárselas.

Entonces se inclinó y tomó sus labios en un beso suave. Un beso que le daba ganas de gritar que sí.

Para su sorpresa y decepción, él interrumpió el beso y se apartó. Se rio al ver la expresión de ella. —No me mires así. Estoy intentando comportarme como un caballero y demostrar que no es solo tu cuerpo lo que busco.

Sus palabras aliviaron la tensión y pasaron una hora agradable hablando y compartiendo anécdotas de su vida con Lucien. —Casi parece como si tuvieras envidia de la vida sencilla que él llevó en Malahide.

Alexander estaba tumbado boca arriba, con los ojos cerrados y una pajita girando entre los labios. Al sacársela, dijo: —A veces, la idea de ir a algún sitio donde nadie sepa quién soy suena muy tentadora.

—Sospecho que te cansarías bastante pronto de ser uno de los desfavorecidos. Y la falta de dinero acaba agotando.

—Sospecho que tienes razón. Un día podrías llevarme a Irlanda e iré no como el duque, sino simplemente como Alexander. Tu marido.

Ella no pudo evitar reír ante su astuto intento de que dijera que sí. —Ya veremos.

Él suspiró y le guiñó un ojo. —Será mejor que piense en llevarte a casa. Lucien se preocupará si llegamos tarde.

Alexander caminó los pocos metros hasta donde había atado su carruaje bajo los árboles, para que los caballos estuvieran a la sombra.

Antes de que ella pudiera responder, un grito de alarma rasgó el aire. Ambos se giraron para ver a un caballo galopando por el sendero del acantilado; era evidente que su joven jinete había perdido el control. El chico no debía de tener más de doce años y el terror en su rostro hizo que el corazón de Caitria se detuviera.

Se puso en pie y empezó a moverse antes de que el pensamiento consciente tomara el mando. Detrás de ella, oyó a Alexander gritar alarmado, pero ella ya se estaba posicionando en la trayectoria del caballo; sus movimientos eran lentos y pausados a pesar de que su corazón latía a mil por hora.

—Tranquilo, *a stór* —exclamó en irlandés, con voz calmada a pesar del peligro. El caballo irguió las orejas al oír su voz, aunque continuó su carrera desenfrenada—. Así es, belleza mía. Mírame ahora.

El borde del acantilado asomaba a escasos metros, pero Caitria se mantuvo firme. Ya había hecho esto antes, en casa, con caballos de granja asustados. El truco consistía en permanecer

absolutamente tranquila, en ser el punto de quietud en mitad de la tormenta. Siguió hablando, y su deje irlandés se hacía más fuerte mientras mezclaba palabras en inglés e irlandés en un flujo tranquilizador.

El caballo aminoró la marcha, luchando contra su propia inercia. Sus ojos daban vueltas salvajemente, pero Caitria veía que respondía a su voz. Cuando estuvo casi encima de ella, levantó la mano despacio, con la palma hacia arriba, sin dejar de murmurar suaves tonterías.

El caballo se detuvo en seco, con los costados jadeantes y los belfos dilatados. Caitria siguió hablándole mientras lo asía suavemente de las riendas, alejando al animal del borde del acantilado. Solo entonces levantó la vista hacia el muchacho, pálido como la cera, que seguía aferrado a la silla.

—Ya está —dijo ella con dulzura—. Los dos estáis a salvo. Vamos a bajarte, ¿de acuerdo?

El chico prácticamente se desplomó en sus brazos, con todo el cuerpo temblando. —Lo siento —consiguió decir con voz entrecortada—. Se ha asustado con un conejo y no he podido...

—Chist, tranquilo —lo calmó ella, comprobando que no tuviera heridas—. Los dos estáis bien. Eso es lo único que importa.

Oyó pasos apresurados y levantó la vista para ver a Alexander corriendo hacia ellos, con el rostro transfigurado por la preocupación. —¿Estáis bien los dos? ¡Dios santo, Caitria!

El muchacho se enderezó, intentando recuperar la dignidad. —Sí, Su Gracia. Gracias a la señora.

—En efecto. —Los ojos de Alexander no se habían apartado del rostro de Caitria—. Gracias a la señora.

Tras asegurarse de que el chico —que resultó ser hijo de uno de los colonos de Alexander— estaba realmente ileso, lo vieron guiar a su montura, ahora calmada, de vuelta a casa. Alexander se volvió hacia Caitria con expresión indescifrable.

—Podrías haber muerto —dijo en voz baja.

—Si no hubiera actuado, el chico habría muerto —rebatió ella—. ¿Habrías preferido que me quedara mirando sin hacer nada?

—No —dijo él, dando un paso hacia ella—. No, no lo habría preferido. Porque entonces no serías la mujer de la que me he enamorado.

A ella se le detuvo el corazón. —Su excelencia...

—Alexander —corrigió él automáticamente, y luego tomó las manos de ella entre las suyas—. Escúchame, Caitria. Estos últimos días, conocerte... Eres la primera mujer con la que realmente podría imaginarme pasando mi vida. Tu valor, tu amabilidad, tu absoluta falta de artificios... eres todo lo que nunca supe que estaba buscando.

—Soy la hija de un granjero —susurró ella, aunque no retiró las manos—. No tengo dote, ni contactos...

—No me importa —la interrumpió él con firmeza—. Tengo dinero y contactos suficientes para los dos. Lo que necesito es una esposa que me haga reír, que no tenga miedo de ensuciarse las manos ayudando en un parto de cachorros, que arriesgue su vida para salvar a un niño al que no conoce. —Sus pulgares trazaron círculos en las palmas de ella—. Te necesito a ti.

—Tu madre nunca lo aceptará —protestó ella débilmente, a pesar de que su corazón se henchía ante sus palabras—. Apenas nos conocemos. Dame el tiempo que te he pedido.

—Mi madre aprenderá a aceptarlo o se perderá el conocer a sus nietos. —Sonrió de repente—. Además, ya admitió que te comportaste de forma admirable en la cena de la otra noche. Eso es un gran cumplido viniendo de ella.

—¿Te casarías conmigo? —Las palabras de Alexander quedaron suspendidas en el aire entre ellos, llenas de esperanza y promesa.

El corazón de Caitria se elevó, incluso cuando el miedo le atenazaba el pecho. Dio un paso atrás y rompió el contacto, aunque todavía sentía el hormigueo en la piel donde él la había tocado. —Yo... no puedo.

—¿No puedes o no quieres? —Su voz era suave, pero ella percibió el dolor subyacente.

—Ambas cosas. Ninguna. —Se abrazó a sí misma y se volvió para mirar hacia los acantilados. La vasta extensión del mar solía calmarla, pero hoy solo le recordaba la distancia insalvable entre sus mundos—. Alexander, no sé cómo ser una duquesa.

—No quiero que seas una duquesa. Quiero que seas mi esposa —dijo él, acercándose para situarse a su lado—. Quiero que seas tú misma: la mujer que nada en calas escondidas, que ayuda a nacer a cachorros sin pensar en sus ropas finas, que acaba de arriesgar su vida para salvar a un niño.

—Pero sería una duquesa —rebatió ella en voz baja—. Tu mundo... no es el mío. Jamás encajaría. El *ton* me comería viva. ¿Y qué hay de nuestros hijos? Podrían ser rechazados. Con el tiempo, te arrepentirías...

—Jamás —la interrumpió él, tajante—. Nunca podría arrepentirme de haberte elegido a ti.

Ella se volvió para mirarlo, con el corazón roto por el amor sincero que veía en sus ojos. —¿Dices eso ahora, pero qué pasará dentro de cinco años? ¿Y dentro de diez? ¿Cuando cada evento social se convierta en un suplicio, cuando tus compañeros se rían de mi acento tras sus abanicos, cuando la decepción de tu madre pese sobre ambos?

—Nada de eso me importa.

—¡Pero debería importarte! —Las palabras brotaron de ella con más fuerza de la que pretendía—. Eres un duque, Alexander. Tu posición conlleva responsabilidades, expectativas. Necesitas una esposa que entienda ese mundo, que pueda ayudarte a moverte en él. —Tragó saliva con dificultad—. Alguien como lady Penelope.

—No quiero a lady Penelope —dijo él, buscando su mano—. Quiero...

—Por favor —susurró ella, alejándose—. No lo hagas más difícil de lo que ya es.

Permanecieron en silencio un largo rato; el viento transportaba el aroma de las flores silvestres y la sal marina entre ellos. Finalmente, Alexander habló con la voz ronca por la emoción: —No te obligaré, Caitria. Pero ten esto por seguro: te quiero, y eso no cambiará.

Cuando estés lista para creer en nosotros tanto como yo, estaré esperando.

Ella no pudo articular palabra por el nudo que tenía en la garganta; solo pudo asentir mientras las lágrimas amenazaban con brotar. Sin volver a mirarlo —sabiendo que si lo hacía, su resolución se desmoronaría—, se dio la vuelta y caminó hacia el carruaje. —Quiero irme a casa, por favor.

El trayecto de vuelta a Seacliff House estuvo envuelto en tristeza, y su mente no dejaba de dar vueltas. Necesitaba hablar con alguien que la comprendiera, alguien que supiera lo que era tender un puente entre dos mundos.

Encontró a Lucien en su despacho, revisando papeles de la finca. Levantó la vista cuando ella entró y su expresión cambió de inmediato a una de preocupación. —¿Caitria? ¿Qué ocurre?

—Necesito tu consejo —dijo ella, dejándose caer en una silla—. Sobre Alexander... Su gracia, quiero decir.

Lucien apartó sus papeles y le prestó toda su atención. —Ah. Me preguntaba cuándo llegaría esta conversación.

Ella lo miró sorprendida. —¿Lo sabías?

—¿Que está enamorado de ti? Cualquiera con ojos en la cara puede verlo —sonrió con dulzura—. Y que tú estás enamorada de él, aunque estés luchando contra ello con todas tus fuerzas.

—No soy lo suficientemente buena para él —susurró ella, dando voz a su temor más profundo.

—No —dijo Lucien con firmeza—, eres demasiado buena para cualquiera de nosotros. Pero eso no es lo que realmente te inquieta, ¿verdad?

Las lágrimas que había estado conteniendo terminaron por desbordarse. —Me ha pedido que me case con él hoy. Dice que no le importa mi origen, que me quiere tal como soy, pero... —Se secó las mejillas—. ¿Cómo puedo ser duquesa, Lucien? No tengo ni la más remota idea de cómo serlo. Solo le causaría vergüenza.

Lucien se quedó callado un momento, reflexionando. —¿Sabes lo que he aprendido desde que regresé a la sociedad? Que los títulos y el linaje significan mucho menos que el carácter. Tú tienes más

nobleza natural en tu dedo meñique de la que la mayoría del *ton* tiene en todo su árbol genealógico.

—Pero...

—Sin peros —la interrumpió con suavidad—. Ya no eres esa chica asustada que vino de Irlanda, Caitria. La hermandad te ha aceptado. Mis poderosos amigos te han aceptado. Te has convertido en una mujer extraordinaria. La única pregunta que tienes que responder es: ¿le quieres lo suficiente como para enfrentarte a tus miedos?

Ella se miró las manos, entrelazadas en su regazo. —Creo que sí —susurró—. Y eso me aterra más que nada.

—Bien —dijo Lucien, sorprendiéndola—. El amor debe asustarnos un poco. Significa que tenemos algo valioso que perder. —Se inclinó hacia delante—. Pero también nos da algo por lo que vale la pena luchar.

Caitria se recostó y dejó que sus palabras calaran. Seguía sin tener una respuesta, pero por primera vez desde la propuesta de Alexander, sintió que podía volver a respirar. Quizá Lucien tuviera razón. Quizá la única pregunta que importaba de verdad era si su amor era más fuerte que su miedo.

Ojalá supiera la respuesta.

Capítulo siete

Caitria no podía dormir. Las palabras de Lucien seguían resonando en su mente: *El amor debe asustarnos un poco. Significa que tenemos algo valioso que perder.*

Cuando los primeros rayos del alba tiñeron el cielo, recorrió el camino familiar hacia la cala. Necesitaba pensar, y el mar siempre había sido su mejor confidente.

El aire de la mañana era fresco y traía consigo el aroma a salitre y a posibilidades. Se quitó la ropa y se zambulló en las olas; dejó que el impacto del agua fría le despejara la mente. Mientras nadaba, los recuerdos de Alexander la inundaron: su risa cuando ayudaron en el parto de los cachorros, la ternura de sus ojos cuando se declaró, la forma en que la veía a *ella*, no a su estatus.

¿A qué le tenía miedo realmente? No al desprecio de la sociedad. Ya se había enfrentado a eso antes y había sobrevivido. No a la desaprobación de su madre; la duquesa había dado muestras de empezar a aceptarla. No, tenía miedo de desear algo tanto que pudiera romperle el corazón.

¿Pero no era eso exactamente lo que se suponía que era el amor?

Se quedó flotando de espaldas, observando a las aves marinas revolotear sobre su cabeza, y de pronto soltó una carcajada. Había estado tan ocupada protegiéndose de un posible dolor que casi se había perdido la oportunidad de ser feliz.

—¿Te divierte algo?

Su corazón dio un brinco al oír la voz familiar. Alexander estaba a la orilla del agua, ya en calzones. El sol naciente le doraba el cabello, y ella se quedó sin aliento al verlo.

—Solo me río de mí misma —admitió—. Por ser tan tonta.

Él se quitó la ropa y se adentró en el agua, avanzando hacia ella con la gracia de un depredador. —¿Ah, sí? ¿Y qué pensamientos tan tontos te han traído a mi cala tan temprano?

—¿Tu cala? —arqueó una ceja, manteniéndose a flote—. Creía que habíamos establecido que el mar no le pertenece a nadie.

—Ah, pero tú perteneces a este lugar —dijo él cuando ya estaba lo bastante cerca para que ella viera la esperanza luchando con la cautela en sus ojos—. Conmigo.

En lugar de retroceder como otras veces, Caitria se acercó más. —He estado pensando en lo que dijiste, sobre ser yo misma —dijo, y respiró hondo—. El caso es que yo misma no soy más que una chica de Irlanda a la que le encanta nadar en el mar, ayudar a los animales y..., y quererte a ti.

Los ojos de él se encendieron. —Dilo otra vez.

—Te quiero —susurró—. Dios me valga, pero es verdad. Y estoy harta de tenerle miedo.

Él la buscó y la atrajo contra sí. El calor de su piel contrastaba deliciosamente con el agua fresca. —¿Significa eso...?

—Sí —contestó ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Si todavía quieres a la hija de un granjero irlandés como duquesa.

—¿Que si te quiero? —se rio él, con un sonido cargado de alegría —. Caitria, *a stór*, nunca he deseado nada tanto en mi vida.

Su beso supo a sal, a sol y a promesas, y esta vez ella no se apartó.

La mirada de Alexander se oscureció mientras le recorría el cuerpo, y sus manos se apretaron contra sus muslos. Su mirada era penetrante y todo el cuerpo de ella ardía.

El contraste del agua fresca contra su piel ardiente, con el sol calentándola desde arriba, intensificó toda la experiencia.

Nunca había estado con un hombre, pero la necesidad que él sentía por ella no la asustaba; la excitaba.

Cuando ella asintió, él le tomó la boca en un beso tan abrasador como el sol sobre ellos.

—Mi Caitria, mi diosa irlandesa...

Ella gimió de alivio cuando él le deslizó una mano por la espalda y luego más abajo todavía. Su cuerpo se agitó, expectante. Caitria emergió del agua para abrazarlo, presionando su piel desnuda contra la de él, que estaba duro y dispuesto contra ella.

Con su boca aún sobre la de ella, Alexander la alzó ligeramente y la sujetó con fuerza mientras ella se deslizaba con una lentitud gloriosa a todo lo largo de él. Caitria gimió en lo profundo de su boca y se movió para acogerlo por completo en su interior.

No podía quedarse quieta; el impulso de moverse la llevaba a subir y bajar, hasta que las manos de él le agarraron las caderas y la sujetaron firmemente, impidiendo con su fuerza cualquier movimiento por su parte.

El sonido ronco de su respiración delataba su falta de aliento.

—No te muevas —le dijo con la voz tensa, apartando la boca de la de ella lo justo para hablar—. Te he deseado desde el momento en que te vi, una sirena en el mar. No aguantaré mucho, pero prometo pasar el resto de mi vida amándote.

El corazón de ella floreció ante la palabra «amándote». Ahora estaba segura de que este matrimonio podía funcionar.

Estaba a punto de decir «amo tus promesas» cuando, de repente, él soltó su férreo agarre de las caderas de ella y finalmente perdió el autocontrol. Él se impulsó en su interior, aún más profundo, y ella cerró los ojos porque ya no le era posible pensar. No quería pensar, simplemente quería sentir. Sentir a Alexander, el hombre al que le había prometido su vida.

Él era acero candente, sensual con deleite y locamente adictivo. Era su hombre.

El único hombre con el que había estado.

El único hombre con el que quería estar.

Podía sentirlo profundamente dentro de ella, y ver cómo perdía el control era un potente afrodisíaco. En su estado ávido, sus facciones tensas resultaban magnéticas. No podía apartar la mirada. Sus ojos le permitían ver claramente el amor que sentía por ella. Estaban

llenos de un anhelo salvaje y turbulento, y ella lo besó con hambre, buscando la lengua de él con la suya.

—Caitria... Dios... —exclamó él contra su boca—. Te quiero...

Ella cerró los ojos y saboreó sus palabras, entregándose a las sensaciones eléctricas que recorrían su cuerpo ante su tacto experto.

Pero también podía sentir la tensión vibrando en el cuerpo de él. Estaba cerca del clímax, y Caitria estaba decidida a estar allí mismo con él cuando finalmente los dos se precipitaran al paraíso. Lo sentía duro e implacable dentro de ella. Él emitió un gruñido sordo y la atrajo más, hasta que se fundieron en uno.

Su unión se volvió frenética. Ella no podía respirar ni pensar. No era consciente de nada excepto del cuerpo de él, moviéndose en su interior, moviéndose con ella...

Con un gemido profundo, Alexander se hundió en ella una última vez y perdió el control, con todo su ser temblando por la fuerza de su liberación. Sus gritos llenos de pasión la lanzaron de cabeza a su propio éxtasis, atrapada en una explosión de placer mutuo que la hizo levitar.

Se aferró a su cuello, luchando contra la vuelta a la realidad. La respiración pesada de él era una señal de sus emociones todavía turbulentas. Caitria apoyó la cabeza en su hombro y dejó que el sonido del agua chapoteando a su alrededor calmara su corazón acelerado.

Nunca nada le había parecido tan correcto.

~

Un mes después

—No dejas de moverte —dijo Courtney, ajustando el sencillo vestido blanco de Caitria por última vez.

—No puedo evitarlo. ¿Y si tropiezo? ¿O si digo algo que no debo? O...

—¿O si el cielo se desploma? —se rio Courtney—. Te vas a casar con un hombre que te quiere exactamente como eres. Todo lo demás son meros detalles.

Solo sus amigos más cercanos y su familia llenaban la pequeña capilla de Summerton House. Alexander había insistido en una ceremonia privada, sabiendo que ella se sentiría más cómoda lejos de las miradas indiscretas de la sociedad. Incluso su madre había dado el visto bueno, aunque Caitria no estaba segura de si por una aceptación genuina o por el alivio de evitar habladurías.

Pero cuando recorrió el pasillo del brazo de Lucien y vio a Alexander esperándola, nada de eso importó. Él la miraba como si fuera la única persona en el mundo, y su corazón casi estalló de amor por él.

La ceremonia pasó como un suspiro y, antes de darse cuenta, Alexander la estaba besando mientras el vicario los declaraba marido y mujer. Cuando se volvieron para mirar a los invitados, vio a la duquesa secándose los ojos con un pañuelo.

Más tarde, en el convite de boda, su nueva suegra se le acercó.

—Ha sido una ceremonia preciosa —dijo la duquesa con una voz más dulce de lo que Caitria le había oído nunca—. Y está radiante. —Vaciló un instante y luego añadió—: Bienvenida a la familia..., querida.

Los ojos de Caitria se llenaron de lágrimas ante la sencilla aceptación de aquellas palabras.

~

Dos días después

Apenas acababa de salir el sol cuando Alexander la llevó a su cala.

—He pensado que podríamos empezar nuestra propia tradición —dijo, quitándose ya la ropa.

Caitria soltó una carcajada y lo imitó rápidamente.

—¿Nadar al amanecer? ¿Qué dirá la sociedad de un duque y una duquesa que nadan en el mar?

—Dirán que somos un escándalo —respondió él, estrechándola entre sus brazos—. Que estamos locos. —Le besó el cuello—. Absolutamente poco convencionales.

—¿Y lo somos? —preguntó ella, ladeando la cabeza para facilitarle el acceso.

—Cielo, eso espero. —Él sonrió contra su piel—. ¿Lista?

De la mano, corrieron hacia las olas, con sus risas resonando en los acantilados. Mientras nadaban juntos en las aguas cristalinas, Caitria supo que había tomado la decisión correcta. El amor no consistía en encajar en el mundo de otra persona, sino en crear uno propio.

Y ellos llenarían su tiempo con baños al amanecer, dulces besos con sabor a sal y la libertad de ser exactamente quienes estaban destinados a ser.

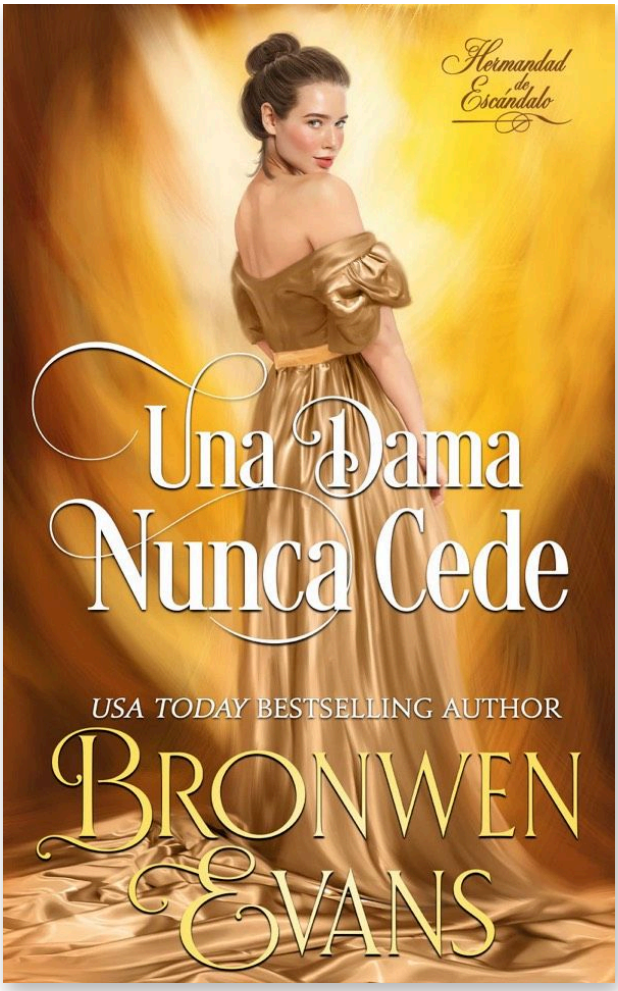
~

LECTURA GRATIS

Una dama nunca Cede

Una historia corta GRATUITA de Regencia para lanzar la serie Hermandad Del Escándalo.

Lord Julian Montague, el segundo hijo del marqués de Lorne ha sido el mejor amigo de la señorita Serena Fancot desde la infancia. Cuando Julian comienza a hablar de tomar una esposa, Serena es muy consciente de que ya no son niños.



¿Por qué de repente se da cuenta de lo hermosos que son sus hoyuelos y de lo alto y guapo que es? Su ropa le queda como un guante ajustado y tiene un cuerpo para rivalizar con Apolo. De repente, no puede evitar notar cómo las mujeres en los salones de baile de la sociedad babean por él.

Peor aún, no ha intentado ni una sola vez besarla, tomar su mano o susurrarle palabras de amor al oído. ¿Él no la ve como el amor de su vida? ¿Ha dejado que sea demasiado tarde para que Julian se dé cuenta de que él es el único hombre con el que desearía casarse? ¿Ha dejado que sea demasiado tarde para demostrarle que él es el amor de su vida? Eso no funcionará. Pero, ¿cómo haces que tu mejor amigo se enamore de ti?

Solicite su copia aquí

Acerca del Autor



La autora más vendida de **USA Today, Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.



www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.

Otras Obras de Bronwen Evans

Bron's Book List

Española Versions

Lord de los Malvados

Lord del Peligro

Lord de la Pasión

Adicta al Duque

Atraída por el marqués

Atraida por el Conde

Desafiando el Duque de Dangerfield

Apostando por el Marqués de Wolverstone

El despertar de Lady Flora

La seducción de Lord Sin

Un Beso de Mentiras

Una Promesa de Más

Un Toque de Pasión

Un Susurro de Deseo

El Placer de la Seducción

Una Noche de Siempre

Un Amor para Recordar

Un Dama Nunca Llora

Un Sueño de Redención

Una dama nunca Cede - GRATIS

Una Dama Nunca se Rinde

Toda Joven Tímida Merece Un Romance Navideño

Cada Flor Tiene Sus Espinas

Historical Romances

Wicked Wagers

To Dare the Duke of Dangerfield – book #1

To Wager the Marquis of Wolverstone – book #2

To Challenge the Earl of Cravenswood - book #3

Wicked Wagers, The Complete Trilogy Boxed Set

The Disgraced Lords

A Kiss of Lies – Jan 2014/December 2022

A Promise of More – April 2014/June 2021

A Touch of Passion – April 2015/June 2021

A Whisper of Desire – Dec 2015

A Taste of Seduction – August 2016

A Night of Forever – October 2016

A Love To Remember – August 2017

A Dream Of Redemption – February 2018

Imperfect Lords Series

Addicted to the Duke – March 2018

Drawn To the Marquess – September 2018

Attracted To The Earl – February 2019

Taming A Rogue Series

Lord of Wicked (also in a German Translation)

(Also in a Spanish Translation)

Lord of Danger (also in a German Translation)

Lord of Passion

Lord of Pleasure (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

The Awakening of Lady Flora – Novella

The Seduction of Lord Sin

The Allure of Lord Devlin

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

Invitation to Ruin

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

Invitation to Scandal

(TRR Best Historical Nominee 2012)

Invitation to Passion

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

Invitation To Pleasure

Novella February 2020

Contemporaries

The Reluctant Wife

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

Reckless Curves – book #1

Purr For Me – book#2

Slow Ride – book #3

Fast track To Love (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

Love Me – book #1

Heal Me – Book #2

Want Me – book #3

Need Me – book #4

Other Books

A Scot For Christmas - Novella

Regency Delights Boxed Set

To Tempt A Highland Duke – Novella

Highland Wishes and Dreams - Novella

The Duke’s Christmas List - Novella